

Diógenes

Noticario

ORO DEL INCA.

Luis Toro Ramallo, novelista boliviano residente entre nosotros por espacio de más de diez años, ha escrito algunas novelas de ambiente santiaguino, en las cuales demuestra condiciones de narrador ameno y fácil, aunque un tanto superficial para reflejar la realidad que trata de reproducir en sus creaciones literarias. «Ahumada 75» y «Fuente de Soda azul», son trozos de la vida santiaguina que lo ubican como un cronista pintoresco y amable de algunos aspectos de nuestra ciudad. No hay en estas dos obras de Toro Ramallo un argumento de novela sino más bien, el apunte somero y esquemático de tipos y escenas que muestran con curiosa objetividad aquello de la existencia de una gran ciudad que se queda en las retinas del hombre que mira al pasar, la vida que se agita a su alrededor sin profundizar en ninguno de sus personajes. Hay observaciones curiosas e interesantes, diálogos vivos y graciosos, escenas que tienen su colorido y su sabor vernáculo, pero que se deshacen apenas ha terminado la lectura.

Sin embargo en la pintura de las gentes y del paisaje de su tierra el escritor manifiesta mayor profundidad en la observación y más ahincamiento en el carácter y en el destino de sus

personajes. En esta novela «Oro del Inca», nos describe a un juez que vive borracho de cingani, rememorando los días de esplendor que pasó cuando era joven y tuvo oportunidad de vivir en Europa. El ambiente de esa pequeña aldea del altiplano, con sus indios tristes y reconcentrados, con su estrecho círculo de ambiciones y de posibilidades está dado con trazos certeros de quien conoce muy bien la realidad que describe. El personaje principal es Eustaquio Condori, portero del juzgado, que en un rincón, oye friolento y adormilado las fantásticas historias que les cuenta el juez a sus habituales contertulios, a quienes festeja con «te con te» o sea aguardiente—cingani—con te, que sirve para avivar la imaginación y ahuyentar el frío persistente de la altura.

Condori, sin embargo, es el personaje principal de esta aventura que tiene reminiscencias del fasto de los Incas que a la llegada de los españoles conquistadores, guardan sus opulentos tesoros en rincones que nadie podrá descubrir a fin de que la codicia de los hispanos se frustre, en venganza de toda la crueldad con que tratan al indio. Y Condori, por intermedio de Choque, que es un indígena de allí de Quila-Quila, como se llama el villorrio donde ocurren los acontecimientos, viene a ser como la lámpara maravillosa del cuento de Aladino. Choque es el que pone a Condori en posesión de una parte del tesoro y por consiguiente lo sitúa en el camino de una vida de opulencias y de disipación que aquel infeliz portero de un juzgado de una aldea, perdida en la sierra boliviana, jamás hubiera soñado.

Pero como ocurre en todos los sueños, estos son siempre más breves que la realidad y pasan dejando su reguero de luces y de fantasías. Eustaquio Condori, pierde en la disipación, la mayor parte de esa riqueza fabulosa y cuando vuelve a buscar a Choque para que le entregue el resto de esos tesoros éste ya ha muerto y el secreto queda otra vez escondido para siempre.

La novela se lee con agrado y entretiene. Hay algunas descripciones de Sucre que nos dan una idea muy precisa de esa

ciudad con sus patios empedrados, con sus viejas casonas españolas, con sus jardines y su ambiente de frutas, y flores y pájaros tropicales. Sin embargo esta novela, nos deja como en otras de este autor la sensación de que todo ha sido hecho apresuradamente y de que la pulpa artística del relato no alcanzó a madurar bien, desperdiciándose de este modo lo mejor del material literario que en ella se empleó.

EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA.

«Por lo visto, parece que la justicia existe en la tierra», ha dicho Victoria Ocampo, la prestigiosa escritora argentina al imponerse del fallo de la Academia Sueca, que designó a Gabriela Mistral como acreedora a la máxima distinción mundial a que puede aspirar un escritor, como es el Premio Nobel de Literatura».

El Premio Nobel 1945, otorgado a la Mistral, honra a Chile y a la raza española nacida en América. Gabriela Mistral, con esta triunfal culminación a su carrera de artista, remozca el prestigio de la bella lengua de Cervantes, que habla el criollo americano con cierta riqueza nueva y expresiva, que adquirió el idioma en el trasplante a estas tierras de América.

El triunfo de la Mistral, que tiene repercusiones mundiales, le da a nuestra literatura un sitio de honor, pues con este motivo ya la gente culta de los más lejanos países podrá darse cuenta de que aquí en Chile existe un ambiente artístico capaz de dar un poeta de calidad, que se impone en la conciencia del jurado que había de considerar a innumerables escritores que contaban con una labor importante y con antecedentes de primer orden.

El triunfo de Gabriela Mistral no es ni puede ser únicamente el triunfo de Chile, en el sentido espiritual, es el triunfo de la América española como expresión y calidad artística. Después de Echegaray y Benavente es Gabriela Mistral quien